Algunos relatos: "El Dentista"

Samuel Linares

Image not found.

Capítulo 1

El dentista.

he guardado cada diente, cada maldito diente, en la tartera metálica. he formado durante décadas una dentadura perfecta y artificial. los guardé allí, siendo consciente de la ironía, por la cobertura de la tapadera que dibujaba en colores grotescos un payaso sonriendo, mostrando sus álabes como en un engranaje diseñado para no funcionar jamás. lo hice porque mi mujer me instaba a hacerlo cada vez que arqueaba sus labios.

ella me dijo “¿Por qué no me haces sonreír?”

yo era dentista, no sabía sonreír y mucho menos lo intentaba. mi oficio ocupaba la parte más desagradable de ese desagradable gesto. pasaba el día introduciendo aparatos en las bocas ajenas, con un fin clínico o incluso médico, sin pensar, sin sentir más que sus palabras atrancadas por todos los dientes que poseían, sin sentir más que su saliva pegajosa y hedienda, sin sentir más que todo aquello. empezaba a tener calor en las consultas, un calor que me abrasaba igual que una bebida etílica. me volvía ebrio y loco cada vez que alguien mostraba sus dientes delante de mí. me volvía loco y ebrio, excéntrico, y puede que durante esa época mi psique se trastornara.

fingir una enfermedad buco dental era muy sencillo. así fue como empecé a coleccionar perlas. solía decir “Vaya, tiene usted una caries en el premolar izquierdo. Puede que...” para tantear el terreno. para ver si el paciente estaba dispuesto a tener realmente esa caries. tras eso, por mentira que fuera, la putrefacción comenzaba a carcomer su dentadura como un lobo hambriento, pero esto tan sólo sucedía en su imaginación. “Vaya, tiene usted una mancha sospechosa en el diente. Tendré que tenerle en observación. Pásese el martes, a ver qué tal está. No olvide

cepillarse los dientes después de...”. así sucedía cuando venía la segunda vez, algo asustado ante la pérdida de la muela. “Esto no tiene buena pinta...” la tercera. “Creo que va a ser mejor que le saquemos ese diente antes de que empiece a afectar a los demás. ¿Se lo cambio por uno de plata, o uno de oro? Claro que, si está usted en un mal momento económico, siempre tenemos los dientes de plomo...”. era el maravilloso poder de la convicción convenciendo a la ignorancia.

en unos meses ya tenía la mitad de la mandíbula superior y unos cuantos de la inferior. la mandíbula inferior habría sido un reto para mí, de no ser por Jean-Luc.

Jean-Luc era un viejo que vivía por el barrio, y que, igual que yo, sentía una extraña aversión hacia el gesto de la sonrisa. le faltaba la paleta izquierda. a menudo, en algunas de mis lujurias nocturnas bañadas de ginebra, Jean-Luc me contaba cómo había perdido cada diente. “¿Tú eres dentista, no?” decía, “¿Quieres saber qué hice con este diente...?”. él, al menos, pensaba que siempre me contaba una historia distinta. yo le escuchaba porque era un anciano borracho y siempre he preferido estar mal acompañado a estar solo. él, por alguna razón, pensaba que estaba completamente desdentado.

Jean-Luc decía que de niño le había arrancado un diente a un gato, después de sacudirle, un gato que siempre rondaba por las callejuelas en las que él habitaba. decía que no había tenido un motivo en particular, un “maldito motivo en particular”, repetía siempre, sin alterarse. siempre lo veía rondar por allí y esa fue prueba suficiente para ejecutar la sentencia. Jean-Luc describía siempre, cambiando algunas palabras o alterando el orden de las cosas, cómo conseguía abrir el cajón de su padre. su padre tenía por lo visto una habitación propia que utilizaba a modo de despacho. él se colaba a veces y forzando el cajón con el alambre de una percha forzaba la cerradura. era una historia poco interesante a la que se había aferrado como una monja se aferra en su hábito. en fin, que Jean-Luc sacaba del maldito cajón una maldita navaja. sacó esa navaja más de cincuenta veces en las historias que me contaba. a veces la navaja en cuestión era automática y otras veces incluso de mariposa. pero en todas las historias, Jean-Luc cogía el arma, se acercaba al gato, y sacaba el filo. le golpeaba en la cabeza hasta que prácticamente perdía el conocimiento. en esta parte, antes del súmmum de su extraño baile, contaba con elocuencia lo mucho que sonreía antes de haber violentado la existencia de aquél gato, al que empezó a llamar Venice. “Qué nombre más estúpido para un gato.” le decía siempre yo, y él siempre fingía no ofenderse.

entonces retornaba a su infancia, en sus callejuelas, bajo su puerta, tras haber cogido la navaja de su padre y tras haber golpeado al gato. se sentó y lo puso en sus rodillas como a un juguete. le abrió la boca y escogió el diente que más le gustó. aquí, en esta parte, se volvía más lóbrego y detallista en cuanto a la historia refiere. me contaba con suma expresión cómo la navaja se hundía en la encía del gato, cómo unas lágrimas se escapaban de sus ojos y se absorbían en el pelaje, cómo tuvo que golpear al animal varias veces más para que se estuviera quieto, cómo lloraba. hacía palanca una y otra vez con el filo de la navaja de mariposa o la navaja automática o el cuchillo de cocina de su madre y dejaba igual que un animal que la sangre corriese. tiraba el arma homicida al suelo y con sus propias manos arrancaba de cuajo el diente llevándose una parte del ya desmayado Venice.

había un silencio y normalmente encendía un cigarrillo o pedía otra copa. su elocuencia era amarga y su ánimo se tornaba oscuro tras contar esta parte. guardó durante años ese diente. podía recordar toda su vida después de aquél accidente, pero no recordaba nada antes. no consiguió jamás recordar lo que sucedió aquella misma noche. sólo se despertó envuelto en sangre y saliva y uno de sus dientes, bien cuidados, había desaparecido. Venice comenzó a acercarse a él. y él comenzó a querer a ese gato. eran dos pobres desdentados.

me enseñaba una foto de él con el gato, cuando era un jovencísimo arquetipo del triste hombre que era en ese instante. recordaba con nostalgia pero sin sonreír. “Me tengo que ir ya.” se levantaba y se iba. pero la noche en la que, antes de irme, mi mujer me dijo “¿Por qué no me haces sonreír?” le retuve. le dije “Vamos, Jean-Luc. ¿Por qué no sonríes nunca?”. él dijo “Eres dentista, deberías saberlo.” “Vamos...” replicaba. “Mira, me tengo que ir.” “Bueno, está bien. Deja que te acompañe.”

pude reconocer un atisbo de la sonrisa de Jean-Luc violentando a Venice mientras yo le violentaba a él en el callejón que había tras el bar. arrancar un diente sin los debidos instrumentos podía convertirse en algo tortuoso y sucio, pero Jean-Luc no opuso apenas resistencia. tan sólo me agarró la solaba de la gabardina y dejó que mi mano entrara en su boca y arrancara la mandíbula. pude reconocer un atisbo de su sonrisa, una sonrisa que yo jamás había visto. una sonrisa que me había regalado. no

me pude contentar con una sola muela.

después de aquello conseguir dientes se había convertido en una obsesión para mí y en una obsesión para cada objeto que reposara sobre cada habitación en la que me hallara. de haber tenido hijos, hubiera abierto sus bocas y contemplado desde niños el nacimiento de sus dientes de leche hasta los dientes adultos. cuando los hubieran desarrollado, se los habría arrancado. pasaba mucho tiempo solo y mucho tiempo reflexionaba. reflexionaba sobre cómo hacer sonreír a mi mujer, todavía, y sobre cómo explicarle mi extraña afición. a pesar de mis continuas ausencias en casa, ella siempre siguió a mi lado. jamás me abandonó, ni siquiera cuando yo la abandonaba a ella. representaba, en mis quiméricos escenarios, una escena en la que me acercaba a ella con unos alicates, dispuesto a arrancarle una muela, o un canino, dispuesto a poseer esa preciosa perla brillante, pero sin pasión; sin la pasión que sentía con Jean-Luc o con alguno de mis pacientes, o con algún vagabundo, o con alguna prostituta.

sus cenas se habían vuelto frías y solitarias. por más salsa que le echara a la comida, ésta seguía resultando insulsa y poco apetitosa. ¡Ella, que siempre sonreía, fue presa y víctima del mal ánimo de las depresiones!

podía hallar placer todavía en sus retratos, en los retratos en los que salía sola y no en mi compañía, cuando era joven y su gesto estaba iluminado por la gracia y el donaire de la alegría, y no dominado por la tristeza y la depresión del alma. era una esclava de mi soledad, y como una esclava que sabe que la libertad es más opresora que el yugo se dejaba someter.

pasaron algunos años, e incluso mi esposa dejó de ser importante para mí. había olvidado completamente cuál era la causa de mi afán. cada vez tenía más calor y dependía más de la ebriedad para caminar. podía sentir, igual que otrora sentía la saliva pegajosa y hedienda de mis horribles y pesadillescos pacientes que mi vida se acababa. sentía la

muerte y eso ocupaba todos mis sentidos.

a menudo, cuando terminaba de trabajar, me quedaba sentado en el sillón que había en el despacho de la consulta, situado en la parte trasera de la casa. era una casa más o menos grande, lo que llegaba para el sueldo de un dentista. observaba durante horas, sin necesidad de beber nada, el movimiento de las cortinas cuando entraba el aire de la noche. la ventana había perdido todo su misterio, pero ese movimiento, casi sensual y voluptuoso, me resultaba tan atractivo como una mujer. era un movimiento que estaba vivo y que inspiraba la vida igual que una musa colmada de espíritu. y mi obsesión seguía creciendo. no podía sonreír ante semejante belleza, necesitaba sonreír, lo necesitaba sobre todas las cosas. podía distinguir a veces en los suelos iluminados por la lámpara del techo la sombra de mi mujer. a veces se quedaba a observarme, sin gesto alguno, y otras veces pasaba de largo. ella sabía que yo observaba su sombra, sabía que, definitivamente, había perdido el juicio.

debí haberle presentado a Jean-Luc y debí haberla invitado a presenciar el gran momento final que vivimos para que pudiera comprender la importancia vital del propósito en el que ocupaba todo mi tiempo y toda mi angustia. “¿Cuál habría sido tu gesto entonces, querida?” le pregunté cierta vez que coincidimos caminando en uno de los largos y lóbregos pasillos. “Perdona, ¿Has dicho algo?” no me escuchaba. había perdido total interés en mis palabras. “Decía que cuál habría sido tu gesto al contemplar la sonrisa de Jean-Luc.” “¿De Jean-Luc?” preguntó de nuevo, casi sin creerse mi consulta. “Sí, querida. La sonrisa de Jean-Luc. ¿Has olvidado quién era?” su gesto mudo parecía no comprender. “¿Cariño...?” insistía yo. “Cariño, ¿Te encuentras bien?” “Sí, sí. Sí que me encuentro bien, es sólo que... ¿Qué estás haciendo con la boca?” fruncí el ceño algo extrañado ante los movimientos involuntarios que estiraban mis labios hacia arriba. me llevé, extrañado, las manos a la boca. la miraba a ella. miraba sus horizontales labios. “Cariño, ¿Estás sonriendo?” preguntó.

caí al suelo presa del pánico. emitía ruidos semejantes a un grito ahogado. “Cariño...” decía ella en tono burlón. se acercó a mí para que pudiera verla. “¿Qué está pasando?” pude preguntar. “Creo que será mejor que descanses, cielo.” me ayudó a levantarme y me dejó en la cama. apagó la luz y se marchó. mis piernas temblaban como el fuego en la chimenea y estaban sin embargo frías como la ceniza. no podía dar

crédito a lo sucedido.

a la mañana siguiente desperté con una sonrisa de oreja a oreja. estaba solo en la cama. pude escuchar a mi mujer en la cocina preparando el desayuno. era la primera vez en años que la escuchaba preparar algo de comer. sin embargo, sentía una extraña sensación de familiaridad con ese sonido y con la apetitosa fragancia que flotaba por los corredores y se filtraba por la puerta entornada. malamente me levanté y descubrí bajo la cama, puesta casi a drede medio fuera, la tartera con la sonrisa del payaso. sin dejar de sonreír ni un mísero segundo la abrí y si hubiera podido quedarme boquiabierto ese hubiera sido mi gesto. se hallaba la dentadura perfecta, todos los dientes, bien cuidados y pulidos por la higiene diaria. y apartado, un extraño diente más pequeño.

y al mismo tiempo que alargaba la mano para sentir esa sonrisa que tanto tiempo me había costado reunir me vi reflejado en el metal del interior de la tartera. vi con terror mi rostro risueño, ¡sin ningún diente!

me sentí presa del miedo y del pánico de nuevo. corrí, en pijama, hasta la consulta, y descubrí con horror que faltaba una de las herramientas a las que yo tanto aprecio tenía porque tanto me habían ayudado. corrí a la cocina y se hallaba mi mujer, friendo unos huevos. unas tiras de bacon reposaban en la mesa sobre unos platos níveos. ella canturreaba y silbaba y yo la observé unos instantes antes de gritar su nombre. “¡Venice!” grité, casi sin darme cuenta. ella se giró de golpe y dejó caer la sartén en el suelo del susto. “¿Pero qué diablos me pasa?” grité. “¿De qué estás hablando?” preguntó ella inocente. yo me quedé callado, al borde de otro ataque. “¿Es otra vez por ese maldito gato?” seguía mientras yo me dejaba caer al suelo. ella se acercó. “Amor mío, tienes que superarlo. ¿Por qué no vamos esta tarde a buscar otro Jean-Luc?” la miraba con incredulidad. “¿Qué...?” pude preguntar, casi en un susurro. ella no dejaba de sonreír.

una nube de escombros se abalanzó sobre mí y tuve que cerrar los ojos y redimirme al sueño. desperté en mi cama, de nuevo, creyendo que todo había sido producto de mi narcosis, pero no sentía los dientes

chocando con su gracia en mi boca. mis encías estaban desnudas. escuchaba dos voces hablando en el pasillo. me levanté y observé por la fina abertura de la puerta entornada a mi mujer hablando con un hombre. con un Jean-Luc vestido con una bata. parecía una conversación fácil de escuchar. una conversación sobre mi juicio perdido. ella se tocaba a menudo el pelo y reía. reía y también sonreía.

me acerqué al tocador y observé mi sonrisa. había cumplido mi propósito, al fin y al cabo.